9. Simon se convierte tambien y recibe el perdon. Absolucion de la Magdalena. Plenitud y riqueza de esta absolucion. Los penitentes formados por el amor.

La saludable leccion del divino Maestro no fué perdida para Simon el fariseo, porque sin responder una sola palabra, movido y arrebatado de lo que acababa de ver y oir, á ejemplo de la Magdalena pidió y obtuvo el perdon de Jesucristo. Tal es el pensamiento de S. Agustin y de otros Padres de la Iglesia (1).

No sucedió lo mismo con los otros fariseos; que se encontraban en la sala del banquete, y quienes oyendo que Jesucristo dijo á la Magalena aquella grande palabra, que solo Dios puede pronunciar de una manera absoluta y en virtud de un poder que le es propio: "Tus pecados se te han perdonado:" esos hombres, digo, escandalizados se miraban unos á otros, y se decian interiormente: "¿Quién es este hombre que se arroga la autoridad Divina para perdonar los pecados; *Et cœperunt qui recumbebant dicere intra se: Quis est hic qui etiam peccata dimittit* (v. 49)? De este modo, esas almas tan ciegas cuanto perversas, en lugar de ver en Jesucristo perdonando los pecados, á un verdadero Dios, se obstinan en no ver sino á un hombre que usurpaba el poder divino; y en lugar de arrojarse

1 Por la parábola del Señor, para ilustrar á Simon, se advierte, que era pecador, segun que, se presenta allí como deudor; pero por la misma parábola tambien se revela, que era ménos pecador que Magdalena, porque representaba al deudor de los cincuenta denarios, cuando Magdalena representaba al de los quinientos. Mas parece cierto, que tanto á Simon como á la Magdalena les perdonó Jesucristo los pecados, porque la parábola nos dice, que el acreedor perdonó á los dos deudores sus respectivas deudas: *Dimisit utrique.* Puédese creer, que movido Simon por el espectáculo de la penitencia de Magdalena é iluminado y atraido por la gracia y omnipotente palabra del Salvador, se convirtió como aquella, amando ménos, porque ménos pecados le fueron perdonados; *Cui minus dimittitur minus diligit.* Por lo que á mí hace, soy de la opinion de aquellos intérpretes que piensan que convertido Simon verdaderamente así como Magdalena, su antigua amiga, se separó de la ciudad de Naim y de la Galilea y se fué á establecer en Judea en Bethania cerca de Jerusalem, con el fin de gozar de la presencia, y aprovecharse de las doctrinas del Salvador, y que rivalizó con la Magdalena en celo para honrar al Señor, así como habia conspirado con ella para ofenderle; y que este hombre es el mismo Simon el leproso, en cuya casa Jesucristo seis dias ántes de su muerte, vino segunda vez en compañía de Magdalena, de Marta y de Lázaro. [*Ved A Lápide sobre este pasaje.*]

todos ellos á los piés de Jesus, diciéndole: "Señor, perdónanos, que tambien somos pecadores," tuvieron á mal que Jesus hubiera perdonado á los otros; y en vez de aprovecharse del perdon que en aquel momento se les ofrecía, lo rechazaron, dice San Gregorio, y se hicieron peores en presencia da la gran medicina que pudiera curarlos. La conversion de Magdalena, léjos de conmoverlos, los hizo más obstinados y ciegos. Jesus, el Médico celestial, dolíase en el fondo de su alma de Redentor, y sin hacerles el más ligero reproche, y aun sin parecer que se fijaba en su perversidad, vuélvese á la que por su humildad y arrepentimiento acababa de ser curada, y la confirma en la sentencia de su misericordia y de su piedad (1); pues volviéndose hácia ella con ese aire de bondad infinita que tomaba cuando perdonaba, la dice: "Mujer, levántate: la fé que has tenido en mí y el amor que me has demostrado, te han merecido el perdon de todos tus pecados. El perdon no se hace esperar: desde el momento en que detestaste tus pecados se te perdonaron. Vé en paz; sois salva: *Dixit autem ad mulierem illam Remittuntur tibi peccata; fides tua te salvam fecit; vade in pace.*"

¡Oh tiernas cuanto hermosas palabras! Esto fué lo mismo que decir: mujer dichosa, que creyendo que soy el Hijo de Dios y que puedo perdonar los pecados, has venido á mí á pedirme el perdon; dichosa tú que lo has alcanzado! La fé y confianza con que has acompañado á tu amor, te ha fijado en el camino de la salud, y si perseveras en obrar el bien, serás salva; *Fides tua te salvam fecit.* En cuanto á tus antiguos pecados, ellos se te han perdonado y borrado, de suerte, que nada ha quedado en tu espíritu; ningun mal te traerán, ni te causarán más remordimientos ni desgarrarán en lo de adelante tu corazon: desde ahora éntra en posesion de la verdadera y perfecta paz de Dios, en la que consiste la felicidad del alma, en el tiempo, y es la primicia y la prenda de la bienaventuranza eterna; *Vade in pace.*

1 "Ecce quæ ad medicum venerat ægra sanata est; sed de salute "ejus adhuc alii ægrotant. Sed cœlestis medicus ægros non respicit "quos etiam ex medicamento fieri deteriores vidit. Eam autem quam "sanaverat per pietatis suæ sententiam confirmat."

¡Oh cuánta bondad del Salvador con esa alma penitente! Los fariseos la acusan y Jesus la defiende; los hombres la condenan y el Redentor la absuelve; las criaturas la desprecian y Dios la exalta; los pecadores la juzgan indigna de tocar los piés de un Profeta, y el Salvador declara que es digna del amor de Dios; los fariseos, por último, arrojarianla al fondo del infierno, y Jesucristo le abre las puertas del cielo. *Vides hanc mulierem? Dilexit multum, non cessavit osculari pedes meos. Fides tua te salvam fecit; vade in pace.*

¡Pero qué! ¿el divino Salvador permite retirarse á Magdalena convertida sin decirle nada, imponerle alguna penitencia ó prescribirle alguna regla de vida para el porvenir? Necesario era todo esto.

Pero debemos recordar á este propósito, que Jesucristo era Dios, y que por consiguiente sus obras debian ser perfectas, y que su palabra omnipotente y eficaz crea en un instante todo lo que quiere y realiza y perfecciona todo lo que desea. Esa palabra cambia y trasforma á la Magdalena en un solo momento; la llena de todas las virtudes que necesita para reparar todos los vicios (1); porque segun los intérpretes, Jesucristo al hablar á Magdalena como lo hizo, destruyó en ella todos los hábitos viciosos, todas sus inclinaciones á la lujuria y á la vanidad; la libró de todas las tentaciones de la carne, la inspiró un entero desprecio hácia todas las cosas humanas y terrenales, y excitó en ella el deseo de lo celestial y divino; la dió una humildad profunda y una castidad perfecta, un amor ardiente hácia Dios y Jesucristo, y una violenta voluntad para consagrarse enteramente, vivir y morir en su divina Majestad. Despues de todo esto, ¿qué necesidad habia de que Jesucristo hablase otra cosa á Magdalena?

1 ¡O bueno y amable Jesus! exclama San Cipriano: Magdalena se ha consagrado enteramente á vos, y vos, Dios mio, que penetrais los corazones sin atender á la accion material de esta mujer sino á su intencion, la recompensais ungiendo su alma por medio de vuestras inspiraciones, y lavando con vuestra gracia á la que os lavaba con sus lágrimas, enjugando el interior de esa alma, por vuestro perdon al tiempo mismo que enjugaba exteriormente vuestros piés con sus cabellos. *Nihil sibi de se retinens, totam se tibi devovit, et tu, affectum potius quam factum attendens, ungebas ungentem, abluebas lavantem, tergebas intrinsecus pœnitentem* (*Tractat.* De Ablutione pedum.)

En segundo lugar, bien sabia el divino Salvador, como lo acababa de declarar públicamente, que Magdalena le amaba mucho, y que el amor es la penitencia del alma, no ménos que el motivo de su perdon: *Remittuntur ei peccata multa, quoniam dilexit multum.* Jesucristo deja, pues, á ese amor, el cuidado de indicarle los actos por los cuales debia recuperar lo pasado y arreglar su porvenir. Una alma tan sensible á la cual se le habia perdonado mucho porque habia amado mucho, debia saber la manera como habia de corresponder á la merced que se le habia dispensado; *Cui plus donavit plus diligit.*

Dadme un grande amor en el alma penitente, y no es necesario proceder con ella sino poco á poco para moderar sus sentimientos, atendida su debilidad. Nada le arredra á la alma fervorosa; no retrocede delante de las dificultades, ni rehusa á Dios ningun sacrificio. Bien sabemos esto por experiencia propia. Cuando se presentan á nosotros ante el tribunal de la penitencia algunas almas arrepentidas á quienes el amor divino trajo á nuestros piés, las vemos caer delante de nosotros llenas de dolor exhalando suspiros, anegadas en lágrimas, de modo que nos hacen llorar y enternecer, y excitan nuestra ternura hácia ellas: cualquiera palabra que les digamos penetra sus corazones; cualquier consuelo las hace derramar lágrimas: ninguna necesidad tenemos de pintarles lo horrible del pecado; lo que en este particular pudiéramos decirles, siempre será ménos de lo que ellas mismas piensan: no les señalamos penitencia, por grave que sea, que no nos supliquen que se las aumentemos todavía más. Lo único que las preocupa y aflige, es la idea de Dios á quien han ofendido; en ninguna otra cosa piensan ni otro algun motivo las aflige; y si tenemos que hacer uso de nuestra autoridad sobre ellas mismas, no es á la verdad para imponerles prácticas severas, sino para moderar los duros ejercicios que ellas mismas quieren imponerse. Estos son los verdaderos consuelos de nuestro ministerio, por los cuales no pocas veces somos confundidos, tocados y edificados.

10. Sentimientos de la Magdalena despues de haber recibido el perdon. Su amor y su fidelidad hácia el Salvador. Su penitencia durante el resto de su vida. Elogio que Jesucristo hizo de ella.

Volviendo á la Magdalena, ¿qué es lo que nos dice? Cuando salió de la casa del fariseo anegada en lágrimas, se dirigió á la suya para entregarse á todas las emociones del arrepentimiento, de la gratitud y del amor. ¿Será verdad, diríase á sí misma, que se me hayan perdonado tantos años de excesos y desórdenes, tantos crímenes y escándalos? ¿Y á qué condicion, y á qué precio se me han perdonado? ¿Por ventura mi amado Sslvador ha exigido de mí el menor sacrificio? ¿Me arrojó cuando me fuí á postrar á sus piés? ¿Al ménos ne significó la menor repugnancia, me amenazó, me dirigió el más reproche sobre mis pasadas culpas? ¡Con cuánta bondad no me acogió! ¡Con cuánta compasion me miraba! ¡Con qué interés no me defendía! ¡Con qué inefable dulzura no me perdonó! ¡Con qué gracia, con qué palabras llenas de encanto, y con qué mirada tan tierna no me despachó en paz! Cuando yo no tenia valor para pedirle por mi misma boca el perdon, cuando me creía indigna aun de mirarle, el amabilísimo Jesus leyó los deseos de mi corazon, y tuvo la bondad de acordarme su misericordia de una manera pública y solemne, que le atrajo las censuras y críticas de sus enemigos: ¡perdonóme sin qué me hubiese atrevido á pedirle perdon, y por toda penitencia me manda en paz! *Vade in pace.*

¡Oh Dios de infinita bondad! ¿Será verdad que tan á poco precio se consigue vuestra amistad? ¿Será cierto, que se pueda pasar tan fácilmente del brazo de vuestra justicia al seno de vuestra misericordia? ¿Cómo podré nunca tener consuelo en esta vida, cuando tan ingrata he sido hácia un Dios tan bueno y tan misericordioso? ¡Oh bueno y clementísimo Jesus! ¡Oh exceso de clemencia y de piedad! Prohibiéndome que os haga la guerra que hasta aquí os hecho, ¡me mandais en paz! ¡Esta es la única venganza que tomais contra mis crímenes!

¿La paz me habeis dicho? ¡la paz sea contigo! ¡ve en paz.... ¿La paz conmigo? ¿la paz con Magdalena? ¡Ah!

si desde este momento he de vivir en paz con vos, quiero comenzar la guerra conmigo misma; guerra que no acabará sino con mi vida. Nunca me perdonaré el no haberos conocido como quiero conoceros, y el no haberos amado como pretendo amaros en adelante. El mismo perdon tan pronto, fácil, absoluto y amoroso que me habeis acordado, me impone la obligacion de no perdonarme nada. ¡Grutas de Marsella: vosotras seréis un dia testigos de la paz á que me destino! yo iré á ocultar en vuestra oscuridad la afrenta de mis crímenes, que han insultado al cielo, manchado, abismado y escandalizado al mundo! ¡Oh amable Salvador mio! Desde hoy tomaré sobre este cuerpo, manchado con tantos crímenes, la venganza de vuestra justicia que vuestra misericordia no me ha exigido!

Poseida la Magdalena de estos pensamientos y sentimientos, postrada en tierra figurándose presente al Señor, como si aun abrazara por última vez sus piés divinos, le decia: "Amados piés de mi Salvador que no os habeis cansado de seguirme y de buscarme, cuando estraviada me separaba de vos; que cuando me encontraba perdida me encontrásteis; que cuando estaba muerta me resucitásteis: piés adorables, testigos de mi dolor, y ante los cuales yo encontré tanta piedad y esperanza, tantos consuelos y dulzuras: jamás os olvidaré, siempre iré en pos de vuestras huellas y os seguiré todos los dias de mi vida, y mientras que me sea posible me esforzaré en postrarme cerca de vos, ¡oh Dios mio! para abrazaros y besaros; y el derramar mis lágrimas sobre vos, será mi única pasion, mi gloria y mi delicia.

Una mujer de un corazon tan grande, tan reconocido y generoso, y de un espíritu tan elevado que en nada tenia los sacrificios que acaba de hacer y los que se proponia continuar, no podia explicarse cómo el divino Salvador la hubiera podido elogiar en público; *Dilexit multum.* ¡Cómo! se decia ella, ¿cómo habré amado mucho, yo, que apénas comienzo amar? ¡Ah! por esta palabra, más que un elogio Jesus ha querido imponerme una obligacion del amor; ha querido decirme, no lo que he sido, sino lo que debo ser: me ha dicho que he amado mucho, para advertirme que de esta suerte le debo amar; que

debo olvidarme de mí misma, detestarme, castigarme y consagrándome enteramente á su divina Majestad, sacrificarme por su amor.

Así es como el amor penitente hace saltar del fondo del corazon los sentimientos de inmensa ternura hácia Jesucristo, y de un excesivo rigor contra sí mismo.

Desde este dia el castillo de Magdalena, sus riquezas, comodidades y todo cuanto poseía, fué dedicado al mantenimiento y servicio de Jesucristo, de los apóstoles y de los pobres. Siempre modesta en sus hábitos, sin otro encanto que los adornos del pudor, humilde en sus vestidos, dulce en sus maneras, piadosa y caritativa en sus acciones, con el semblante recogido, absorta en la meditacion, el rostro pálido por los ayunos, los ojos hinchados por la penitencia; pero con el corazon tranquilo, dichosa con la paz de Dios, y rica con los tesoros de la gracia y de su amor, Magdalena alimentaba la santa humanidad del Salvador, era la compañera inseparable de sus viajes, la que oia con más frecuencia sus predicaciones, la más fiel de sus discípulas, la más intrépida de sus confesores, la más celosa de sus apologistas y la más afectuosa de aquellas almas sublimes que se consagraron á Jesucristo. Todo es amor en el alma noble de Magdalena, dice San Gregorio. El amor de Jesucristo la hizo detestar sus pecados, y esa detestacion la llevó y sublimó á un amor todavía más grande. Porque amó mucho, recibió un gran perdon; y porque recibió ese perdon, amó con más exceso. El amor hizo de ella la penitente más perfecta; y la penitencia la convirtió en la más afectuosa de las discípulas del Salvador (1).

Dejando á su hermana el cuidado de la casa terrestre, no se ocupaba sino de las delicias de la casa celestial, Cuando el divino Salvador se hospedaba en su castillo, María, postrada á los divinos piés, encantada con la Sabiduría eterna y feliz con el celestial amor, nada del mundo podia separarla de Jesucristo; *Secus pedes Domini, audiebat verbum illius* (Luc., x).

Al tiempo de la pasion, en el tiempo del escándalo, en que los amigos, los discípulos y aun los mismos apóstoles abandonaron al Salvador, Magdalena á la cabeza de otras santas mujeres á quienes animaba con su ejemplo, seguia por todas partes al divino Maestro; le acompañó á los tribunales y al Gólgota, y no le abandonó un solo instante. En el Calvario mismo, las otras mujeres se quedaron á cierta distancia del Crucificado; *Erant mulieres a longe aspicientes* (Marc., xv); pero Magdalena, en union de la augusta Vírgen, Madre del Salvador, de María Salomé y de San Juan, estuvo al pié de la cruz recibiendo religiosamente las gotas de la preciosa sangre del Redentor, precio inefable de su perdon y de la salvacion del mundo.

1 "Postquam accensa est pœnitentia, in amorem exarsit."

Habiendo espirado Jesus, no pudiendo verle vivo, Magdalena no le abandona despues de muerto. De la cruz le acompaña al sepulcro, ve cómo se le coloca, y permanece allí llorando en union de María Salomé: *Sedens contra sepulcrum* (Matth., xxvii).

Al tercer dia, la que fué la última en separarse del sepulcro, es la primera que allí vuelve. Los apóstoles Pedro y Juan no llegaron á aquel lugar sino despues que Magdalena les hubo anunciado que el divino Maestro habia resucitado; porque á esta mujer feliz que habia sido la más constante y fervorosa en amar y buscar á Jesus, fué la primera, despues de la Santísima Vírgen, á quien el Señor se le presentó resucitado.

Despues de la Ascension del Señor al cielo, expulsada de Jerusalen y de toda la Palestina por los judíos en odio de su fidelidad y de su fé en Jesucristo, abordó milagrosamente á Marsella en compañía de Lázaro y de Marta, sus hermanos, y de Máximo y Marcela, sus amigos en el Señor. Fué María Magdalena la primera que llevó á la hermosa tierra de Francia la luz del Evangelio y el ejemplo vivo de la vida santa y perfecta de los discípulos de Jesucristo; espectáculo nuevo de verdadera penitencia. Una mujer en la flor de su edad, impresas aún en su cuerpo las señales de su nobleza y delicadeza, muerta para el mundo y para sí misma, encerrada en una gruta y no viviendo durante treinta años sino en la oracion y contemplacion, en el ayuno y en todas las prácticas de la penitencia, fué un espectáculo, digo, que hiriendo los ojos y los corazones de los paganos, los

convirtió al cristianismo más bien que la predicacion de Lázaro.

Estos son, hermanos mios, los prodigios que el amor penitente ha obrado en Magdalena. A la verdad que la Justicia divina no podia alcanzar de esa alma heróica más de lo que obtuvo la misericordia; la ira del Señor no podia ser más severa de lo que fué el amor. La historia eclesiástica no nos ofrece un ejemplo de una penitencia más noble en sus motivos, mas eficaz en sus obras y más constante en su duracion. Ya habeis visto lo que fué María Magdalena. Los santos padres y doctores de la Iglesia, con justicia la han hecho siempre el objeto de su admiracion y de sus elogios.

Pero estos elogios nada son al lado de los que el mismo Dios la hizo. Jesucristo dijo: que habia amado mucho y que por su grande amor alcanzó gran perdon: *Remittuntur ei peccata multa, quia dilexit multum.* Amar á Dios verdaderamente, y amarle mucho es en efecto el colmo del merecimiento. Mas véamos aun alguna otra cosa con relacion á la santidad y perfeccion de Magdalena.

San Juan la llama la amada de Jesucristo (1); *Diligebat Mariam Jesus* (Joan., XI): Es decir, que la llama como el discípulo muy amado del Salvador, se nombra á sí mismo: *Discipulus quem diligebat Jesus.* Ser muy amado de Dios es el colmo de la grandeza. Con relacion á la gloria y elevacion de nuestra santa, el mismo Jesucristo la dijo: "Tu fé te ha salvado; *Fides tua te salvam fecit.*" El Hijo de Dios es quien proclama de una manera absoluta la salvacion de esa alma, la confirma en la gracia y la asegura su felicidad. Respecto á la certidumbre de la salvacion de nuestra penitente, yo diria que el mismo Jesucristo la ha canonizado aun cuando vivia sobre la tierra: porque decirla: "María ha escogido la mejor parte que no le será quitada: *Maria optimam partem elegit quæ non auferetur ab ea* (Luc., X), fué lo mismo que hacer

1 Sucede frecuentemente, dice San Gregorio, que una alma convertida, despues de haber pecado mucho, se hace por su penitencia y su fervor, más agradable á Dios, que una alma perezosa y fria á pesar de la pureza de sus costumbres: *Plerumque gratior est Deo fervens post culpam vita quam securitate torpens innocentia.*

de ella el más completo panegírico (2), declarándola como una verdadera santa tanto en el tiempo como en la eternidad y presentándola como tal á la veneracion de la Iglesia.

Mas el Hijo de Dios no ha exaltado á Magdalena con el fin de que la honremos solamente, sino con el de que la imitemos, ó mejor dicho, con el fin de que la honremos imitándola: porque el mejor modo de honrar á los santos, dice San Gregorio, es imitarlos. Estudiemos aun ese extraordinario y perfecto modelo de conversion, á fin de sacar algunas lecciones útiles y algunas reglas prácticas para nuestra conversion. Este el objeto de la última parte.

2 Es tan completo este elogio, que la Iglesia lo aplica á la santísima Vírgen; pues el Evangelio que le contiene, se lee en la misa del dia de la Asuncion.